

cuatro piés de largo por otros cuatro de ancho, tampoco era posible acostarse bien. Había tanta humedad, que parecía filtrarse el agua al través de las paredes: el piso era de lodo corrompido en que no se podía poner el pié sin que se sumiera hasta el tobillo: no había ventana, ni claraboya, ni tragaluz; el aire que se respiraba entraba por arriba de la puerta, que no tocaba al suelo, y nunca se disipaba la mas profunda oscuridad.

Cuando el jóven caballero entró en aquel horroroso sitio, poco faltó para que lo sofocaran los miasmas deletéreos que inficionaban el aire y hacian difícil la respiracion, hasta que los pulmones se acostumbraban á aquella atmósfera espesa é infecta. Apenas habia dado de Jars un paso en el interior de semejante tumba, cuando se cerró la puerta con un ruido sordo que denotaba su solidez, y los carceleros se alejaron, sin dejar agua ni pan.

El caballero comenzó por arrimarse á la pared á fin de poderse sostener, pues se sentia á punto de perder el conocimiento; pero como necesitaba estar encorvado, la fatiga de tal postura pronto lo obligó á sentarse, por mas asco que le diera el fango en que se sumian sus piés. Se estaba en invierno, y el suelo se encontraba precisamente al nivel á que llegaban en esa estacion las aguas del foso: no habia, pues, mejora que esperar; era indispensable resignarse á podrirse en aquel lodo corrupto. Un tiempo bien largo, pero que no se puede determinar, porque el preso no tenia medio alguno de medirlo, trascurrió antes de que volviera á abrirse la puerta del calabozo, de suerte que á los tormentos que sufría el desgraciado, se unió el del hambre. Se persuadió de que se habia resuelto dejarlo morir así; y semejante fin le pareció tan horrible, que buscaba hacia ya algunas horas el modo de matarse, cuando una débil luz, cuyo reflejo percibió por debajo de la puerta, le dió esperanzas de que se dirigieran adonde estaba. En efecto, no tardó en oírse el ruido de los cerrojos y cerraduras: dos carceleros entraron en el calabozo, y uno de ellos puso en el suelo un vaso lleno de agua, que cubrió con un pedazo de pan negro.

Deslumbrado con la luz de la linterna que llevaba el otro carcelero, de Jars no habia visto al principio mas que á ellos dos. Pronto se le apareció un tercero, que tomó la linterna de manos del carcelero, á quien hizo seña, lo mismo que á su camarada, de que se alejaran. Salieron y empujaron la puerta; mas como no corrieron los cerrojos, el caballero dedujo que se habian quedado de centinelas á la entrada.

El personaje con quien de Jars se encontró entónces cara á cara, si cara á cara se podía estar con la cabeza doblada, era el padre José, ese espíritu maligno de Richelieu, que habia obtenido para su hermano du Tremblay el gobierno de la Bastilla.

—Hermano mio,—dijo compungido,—vengo á traeros palabras de consuelo. Aunque de pronto nada hayais querido confesar, lo cual ha afligido tanto mas al señor cardenal, cuanto que os profesa sumo aprecio, de lo que os ha dado repetidas pruebas, no dudo que habreis cambiado ya de opinion, y que estaréis dispues-

to á revelar lo que sabeis acerca de las intrigas de la reina con España y Holanda. Su eminencia no pretende obligaros á decir nada que pueda perjudicar á la señora duquesa de Chevreuse, y tiene la conviccion, en lo que os concierne, de que no sois culpable mas que de actos inconsiderados. Trátase, pues, solamente de la reina, y ya comprenderéis que si S. M. puede experimentar algun disgusto en este negocio, no puede correr ningun riesgo.

—Lo que comprendo perfectamente,—respondió de Jars,—es que se ha resuelto atormentarme para que cuente lo que ignoro; y lo que puedo afirmar es, que no hay torturas ni suplicios capaces de obligarme á envilecerme hasta tal grado. Se ha creido domarme metiéndome aquí, y confieso que de pronto me sentí dolorosamente afectado; pero ahora me regocijo de que me hayan traído, porque no se puede vivir mucho tiempo en este horrible lugar, y mientras mas penosos sean mis sufrimientos, ménos durarán.

—Ah! hermano mio,—replicó el fraile,—¿es posible que persistais en tan funesta resolucion? Pensad que no os espondeis únicamente á la pérdida de vuestro cuerpo, sino tambien á la de vuestra alma, á la que vos mismo daréis la muerte con vuestro endurecimiento, y crimen es ese de que no podreis obtener absolucion.

—Mi resolucion es inalterable,—repuso el preso con voz fuerte y tranquila.—Ahora, permitidme que tome algun alimento, porque debe hacer mas de treinta horas que no como.

Cojió el pan que le habian llevado, y comenzó á comer con la mayor calma. El padre José hizo una última tentativa: dijo que el encierro en aquel calabozo no era el único arbitrio con que se contaba para obligar á los acusados á hablar: que se podía emplear el tormento ordinario y el extraordinario; y que bien sabido era que el señor cardenal no retrocedia ante ningun extremo cuando se trataba de servir al rey. El preso no contestó una sola palabra, y el fraile se retiró. Otras diez visitas que hizo, en intervalos bastante separados, fueron igualmente infructuosas. El caballero se admiraba de conservar la vida en su calabozo, “en el que pasó once meses,” dice Anquetil, “y sus vestidos se le pudrieron en el cuerpo.”

Un dia por fin oyó abrir la puerta de aquella tumba como de costumbre: los carceleros entraron, pero no llevaban pan ni agua, y uno de ellos le dijo que los siguiera. De Jars se figuró que le iban á dar tormento, de lo que casi se regocijó, porque en el estado de debilidad en que se encontraba, no creia poder sufrir ni las primeras torturas, y la muerte era lo que deseaba con toda ansia. Siguió, pues, á los llaveros trastrabillando; y al acabar de subir la escalera no pudo soportar la espesura del aire ni la fuerza de la luz del dia, y se desmayó.

Cuando el desgraciado caballero recobró el uso de sus sentidos, no se quedó poco sorprendido al encontrarse en la habitacion del gobernador, y al ver su trage manchado y podrido reemplazado con otro en excelente estado. A su lado estaban el gobernador y otro personaje.

—Señor caballero,—le dijo du Tremblay,—aquí teneis á Mr. de La Faymas, intendente de la provincia de Champaña, que habiendo sabido la triste situacion en que os encontrais, ha obtenido del señor cardenal permiso para llevaros á Troyes en su carroza.

—Efectivamente tengo esa satisfaccion, señor,—dijo á su vez La Faymas:—el señor cardenal se ha dignado encomendarme vuestro negocio; y aunque me encuentro en la necesidad de tomar algunas medidas de precaucion, espero que pronto me tendréis por amigo vuestro. Nos irémos cuando gustéis.

—Ahora mismo,—respondió de Jars,—porque todo me infunde horror aquí.

Una hora despues caminaban en direccion á la Champaña el preso y La Faymas, en el coche de este, escoltado por una partida de soldados de caballería.

Lo que nos queda que contar todavía de la historia del malhadado comendador es tan raro, tan parecido á las peripecias de alguna novela moderna, que nos vemos obligados á declarar que ni uno solo de los hechos consignados aquí deja de mencionarse en las diversas historias de Francia escritas desde aquella época. Anquetil mismo, con toda su circunspeccion, no omite ningun pormenor de este episodio del reinado de Luis XIII, ó mas bien de Richelieu, y casi nos bastaria copiarlo, para no suprimir ni la mas insignificante particularidad.

Comencemos por decir algo del tal La Faymas. Ese hombre era tan adicto á Richelieu, que se le llamaba el *verdugo del cardenal*: era uno de esos esclavos de la fortuna, que no reconocen otra ley que la voluntad de su amo. Dispuesto á emplear toda clase de arbitrios para obsequiar las intenciones del ministro, á todo se humillaba para servirlo. ¿Se trataba de arrancar una confesion á un acusado? pues se valia de promesas, de amenazas, de mentiras, de preguntas capciosas. Si la destreza no bastaba, recurría el traidor á las súplicas y á las lágrimas; manifestaba compadecerse de la suerte del desgraciado, lo abrazaba afectuosamente, le rogaba que no se perdiera con un obstinado silencio. Recordando luego el severo carácter de juez inescusable, presentaba los instrumentos de la tortura, se los hacia tocar al preso, le esplicaba sus usos y efectos mas dolorosos, y no se avergonzaba de invocar el testimonio del verdugo, de cuyo odioso ministerio participaba así.

Tal era el infame á quien de Jars se vió tentado por un momento á tomar por su libertador, aunque poco tardó en conocer su vileza.

Llegado á Troyes, La Faymas se apresuró á formar una sala de justicia, compuesta del presidial de la ciudad y de algunos jueces de las contiguas, nombrándose á sí mismo presidente del tribunal. Comenzó el proceso, y el caballero sufrió ochenta interrogatorios consecutivos; mas como estaba en guardia contra cuantos lazos podian tenderle, no se le escapó una respuesta que pudiera comprometerlo. La Faymas estaba furioso.

—Me proponia salvaros, dijo por fin al preso;—pero una vez que os empeñais obstinadamente en perderos, no os será difícil conseguirlo.

—Nunca habeis pensado en salvarme,—contestó con altivez de Jars;—tra-

bajais por mi perdicion y no por mi libertad: quereis que os dé yo armas en contra de otras personas; y con tal objeto no habeis retrocedido hasta aquí ante ningun acto de hipocresía ni de vileza. Proseguid vuestra obra de espía y de verdugo; pero no espereis que pueda haber jamas afinidad alguna entre un lacayo de vuestra ralea y un gentil-hombre como yo.

El intendente oyó estas palabras con aparente impasibilidad, como si el insulto se deslizara sobre aquel inmundo corazon sin dejar vestigios.

—No soy ni traidor ni vil, señor caballero,—replicó con calma afectada:—soy un cristiano que os perdona, y que se limitará en lo sucesivo á rezar por vos, ya que no puede hacer cosa mejor. Mañana, día de Todos Santos, me acercaré á la Santa Mesa por intencion vuestra, y santificado con el cuerpo de Nuestro Salvador, pediré á Dios que os ilumine y os guie por mejor camino.”

Un pensamiento audaz y repentino ocurrió al caballero.

—Pues bien,—dijo cambiando de tono,—si soy injusto con vos, permitid que yo tambien ruegue al Señor que haga brillar la verdad á mis ojos: consentid en que oiga la misa en que os proponeis comulgar. Yo uniré mis preces á las vuestras, y tengo presentimiento de que el negocio mejorará palpablemente. Os doy mi palabra de no intentar evadirme, sin perjuicio de que me vigileis como os convenga.

El intendente pensó sin duda que aquella propuesta era una especie de transaccion á que recurría de Jars, como un suave preparativo para la confesion que se queria obtener de él. Otorgóle, pues, sin vacilar ese favor, y luego le dijo:

—Al obrar así, despues de los insultos que acabais de prodigarme, espero convenceros de cuán injustas son vuestras prevenciones contra mí, y quiero olvidar las amargas palabras que solo el hastío del cautiverio ha podido dictaros.

De Jars, que habia juzgado bien al hombre, no se atrevia á esperar que cumpliera su promesa, de suerte que recibió una sorpresa agradable, cuando al día siguiente, poco ántes de la misa, lo llevaron á la iglesia de los dominicos de Troyes, donde debia comulgar La Faymas. El templo estaba tan lleno, que costó trabajo abrirse paso á los soldados que acompañaban al caballero. Comienza la misa: llega la hora de la comunión: de Jars, que no quitaba la vista del intendente, lo ve aprocsimarse á la Santa Mesa, oye al sacerdote pronunciar las palabras sacramentales al darle la hostia; y en el acto, saltando como un leon, corre así á La Faymas, lo coge de la garganta, y con voz estrepitosa esclama:

—Este es, malvado, el momento de confesar la verdad. Ahora que tienes á tu Dios en los labios, reconoce mi inocencia y confiesa la injusticia con que me persigues. Ya que finges ser cristiano, obra como tal: de lo contrario, te rehuso por juez, y tomo á todos los presentes por testigos de que te recuso.

En un instante llegó el tumulto á su colmo en la iglesia, precipitándose cada cual hácia el altar para presenciar de mas cerca tan rara escena. Tambien los soldados habian acudido, y se esforzaban por sacar al intendente de entre las

manos del jóven caballero, cuyas fuerzas centuplicaba la escaltacion, y que tenia en su favor á la masa de los concurrentes, pues siendo La Faymas generalmente detestado, se alegraban de la humillacion que sufría.

El, sin embargo, no se desconcertó, y dijo con su tono mas meloso:

—Perded cuidado: os aseguro que el señor cardenal os ama; vuestro castigo se reducirá á ir á Italia; pero no os opondeis á que os enseñen ántes unas cartitas escritas de vuestra mano, que os comprobarán que sois mas culpable de lo que decis.

Al oír hablar de cartas, de Jars se creyó perdido, pues sabia que el cardenal acostumbraba decir á sus paniaguados, que era fácil encausar á cualquiera, con solo tener dos renglones de su puño y letra, en razon de que interpretándolos como conviniere, se encontraba cuanto se queria. Armóse empero de valor, y en vez de ponerse en fuga, lo cual no presentaba ninguna dificultad, volvió á su prision.

Reprodujéronse todavía numerosas tentativas para arrancarle las confesiones que se deseaban, hasta que se persuadió La Faymas de que habia llegado el tiempo de acabar, pronunciándose una sentencia de muerte. Poco escrupulosos eran los jueces escogidos; pero como no existia cargo alguno, ninguno de ellos tuvo el espantoso valor de condenar á la pena capital á quien con tanta energía protestaba de su inocencia.

—Creis,—les dijo entónces el intendente,—que el señor cardenal es ménos escrupuloso que vosotros? Tranquilizaos acerca de la suerte del caballero, pues no caerá ni un cabello de su cabeza; pero reflexionad que solo por medio del terror se puede vencer su carácter indomable. Vuestra conciencia de nada tendrá que acusarse, en razon de que el indulto del que vais á condenar está redactado y firmado de antemano.

No se necesitó mas para vencer la resistencia de aquellos viles magistrados, y se pronunció la sentencia de muerte. La Faymas quiso estar presente á la notificacion hecha á de Jars, y tuvo el disgusto de ver á este conservar toda su serenidad y resolucion. Queriendo sin embargo hacer la última tentativa, se acercó al sentenciado, á quien dijo despues de haber mandado alejar al escribano:

—Si es triste y doloroso este desenlace, á vos debeis atribuirlo esclusivamente, por haber desechado mis consejos, por haber despreciado todas mis exhortaciones. Con todo, como me he empeñado en salvaros, y como vuestra muerte me desesperaría, cargaré con la responsabilidad de suspender la ejecucion, y de daros ante testigos garantías de que seréis perdonado, si consentís por fin en hacer las revelaciones que se esperan de vos.

—Solo un cobarde,—contestó con desden el sentenciado,—es capaz de creer que la muerte puede asustar á un hombre de valor.

—Reflexionad en que se está levantando el cadalso, al que seréis conducido dentro de dos horas.

—Estoy pronto á que me lleven ahora mismo si se quiere.

—Cúmplase vuestra voluntad: yo me retiro para dejar el puesto á ese santo hombre, que viene á ofreceros los consuelos de la religion.

En efecto, un fraile dominico acababa de entrar á la escribania, donde pasaba esta escena, y el condenado se preparaba ya á recibirlo bien, cuando sorprendió una mirada de inteligencia entre el intendente y el religioso.

—No os fatiguis con exhortaciones inútiles, padre mio,—dijo al dominico.—Tengo hecha ya mi eleccion de confesor.

—Pero tal vez no llegará á tiempo, puesto que apénas os queda media hora.

—Aun cuando no me quedara mas que un minuto, no me haria falta, os lo aseguro.

El fraile insistió; pero de Jars, que no veía en él mas que un espía, no le volvió respuesta.

Entretanto se habia levantado el cadalso, al que se llevó al sentenciado en medio de un gentío inmenso. El caballero subió resueltamente los escalones, y llegado al tablado donde lo esperaba el verdugo, se le acercó y le dijo:

—Amigo mio, seguramente sois cristiano y católico.

—Sin duda, pues de otra suerte no podria ejercer mi oficio.

—Y sabéis que en caso de muerte inminente, y á falta de sacerdote, todo católico puede confesarse con otro de su propia religion, y recibir la absolucion de él?

—Lo sé.

—Pues bien, me confieso con vos, no culpa por culpa, pues á ambos nos falta tiempo, sino declarándome gran pecador, y os pido que me absolvais.

—Y yo os absuelvo de buena voluntad, porque sois un prójimo valiente y leal, que no me haréis quedar mal.

—Bien: ahora véndame los ojos con este pañuelo, y ejerce tu oficio sin temor.

El verdugo cogió el pañuelo, y cuando hubo vendado los ojos al caballero, se acercó este al tajo, y doblaba ya las rodillas para recibir el golpe mortal, cuando se escucharon por todas partes los gritos de: *Indulto! indulto! el rey ha perdonado!* Al mismo tiempo llegó junto al cadalso el intendente, que llevaba en la mano el indulto.

—A lo ménos salvaréis la vida,—dijo precipitándose hácia de Jars y abrazándolo cariñosamente, y de vos depende que la gracia sea completa, y que salgais ahora mismo en libertad. Espero que ya no me tendreis por enemigo vuestro al ver que os salvo, pudiendo dejar caer vuestra cabeza. Jamas os he pedido que acuseis á la duquesa de Chevreuse: tampoco os pido ya que reveleis nada que pueda desagradar á la reina; lo único que deseo es que no sigais ocultando lo que sabéis de las intrigas del guarda-sellos Chateaufort, encerrado actualmente en una cárcel de Angulema, de la que nunca debe salir.

—Oh!—contestó el caballero con desden,—el lazo es demasiado grosero. Os figuráis acaso que el aspecto de la muerte ha perturbado mi inteligencia al extremo de no observar tan torpes artificios? Acabemos de una vez, os lo suplico:

quizá traeis en la bolsa, al lado del indulto que me anunciais, la respectiva contraorden. Enseñadla, pues, á fin de que me corten la cabeza, y de que vos quedéis cubierto de una eterna ignominia.

Ya aquello era demasiado: La Faymas, vencido, nada tuvo que replicar, y se limitó á disponer que se llevara de nuevo al caballero á su prision. Pasó en seguida á Paris á contar cuanto habia pasado al cardenal, quien apreciando el noble y elevado carácter de su enemigo, lo mandó meter por segunda vez en la Bastilla, dando orden de que lo trataran bajo el mismo pié que á los señores de mas alta categoria. Poco despues le devolvió la libertad, con la condicion de que saldria de Francia. De Jars lo hizo así, dirigiéndose sin tardanza á Italia.

En esta conspiracion contra el poder del cardenal, se habia encontrado comprometido un criado de la reina, llamado Laporte, que ha dejado unas Memorias muy curiosas, de las que vamos á dar algunos extractos. Resalta en ellas un tono de verdad irrecusable, y contienen pormenores capaces de dar mas que ninguna descripcion, una idea exacta de lo que era la Bastilla en aquel tiempo.

Laporte fué aprehendido el 12 de Agosto de 1637, el mismo dia en que la reina Ana de Austria salia de Paris para reunirse con el rey en Ecouen. El fiel servidor, despues de mencionar esta circunstancia, se espresa así, hablando de su ama:

“Se habia dicho desde la noche anterior, que M. de La Thibaudiere, gentil-hombre de Poitou, que disfrutaba de la confianza de M. de Chavigny, me habia rogado le preguntara si queria escribir á la duquesa de Chevreuse á Tours, para donde se iba, y que se alegraria de darle noticias de S. M. La reina le puso cuatro renglones, diciéndole en sustancia, que estando de camino, tenia tanto que hacer, que le faltaba tiempo para escribirle una larga carta: que estaba buena: que se iba á Chantilly, y que el portador le daria mas noticias de palabra. Yo me guardé la carta en la bolsa, y S. M. partió al dia siguiente despues de comer.”

“Luego que se fué, bajé al cuarto de Mad. de la Flotte, donde se habia quedado Mad. de Hautefort, para ayudarla á seguir un pleito de grande importancia. Encontré allí á M. de La Thibaudiere, y como aquellas damas tenian que salir á su negocio, las llevamos en el acto á su carroza; y habiéndonos quedado solos en el patio del Louvre, quise dar á La Thibaudiere la carta que por encargo suyo habia pedido á la reina; pero él me suplicó que se la guardara hasta el dia siguiente, diciéndome que temia perderla, lo que me ha hecho creer despues que él sabia por M. de Chavigny que me debian poner preso aquel mismo dia, y que el negocio se habia concertado de modo que se me encontrara aquella carta, pensando que contendria algo de particular ó de importante, pues lo que se queria era embarcar á Mad. de Chevreuse en este negocio, para hacer creer al público que se trataba de una conspiracion contra el Estado, porque acostumbraba Su Eminencia hacer pasar cosas de muy poca entidad por grandes conspiraciones.

“Thibaudiere y yo salimos por detras del Louvre, y fuimos juntos hasta la calle de San Honorato, donde me despedí de él para ir á hacer una visita de parte de la reina á M. Guitaut, capitan de guardias, que estaba enfermo de gota y de una herida que habia recibido en el muslo, en el que se le quedó la bala. Me estuve en su casa hasta las seis de la tarde, y al salir ví una carroza con dos caballos, y el cochero vestido de pardo, la cual estaba parada en la esquina de las calles de Vieux-Augustins y de la Coquilliere, y al pasar entre la esquina y la carroza, un hombre á quien no pude ver porque me cayó por detras, poniéndome la mano en los ojos, me metió de golpe en el carruage: al mismo tiempo me sentí cojido por varios, y oí cerrar las portezuelas, de modo que no pude ver quien me habia detenido. Fuimos á gran prisa á la Bastilla, donde luego que llegamos cerraron las puertas, y abiertas las portezuelas de la carroza, reconocí la Bastilla, sin haber sabido hasta entónces á donde me llevaban. Conocí que el que me habia aprehendido era Goular, teniente de mosqueteros del rey, con cinco mosqueteros dentro del coche, y quince ó diez y seis á caballo.

“Al bajar de la carroza me registraron, y me encontraron la carta de la reina que Thibaudiere no habia querido recibir. Se me preguntó de quien era: yo dije á Goular que él conocia bien el sello y las armas de la reina, y que era para Mad. de Chevreuse. Entónces me hicieron pasar el puente y entrar al cuerpo de guardia, entre dos filas de mosqueteros de la guarnicion, que permanecieron sobre las armas y con mecha encendida, como si yo fuese un criminal de lesa magestad.

“Estuve en el cuerpo de guardia una media hora, mientras me preparaban un calabozo, y me destinaron por fin el que habia ocupado Dubois, quien pocos dias ántes habia salido para el suplicio, por haber engañado al rey y á Su Eminencia, prometiendo hacer oro. Me vinieron á decir que echara á andar, y entré en el patio del cuerpo de guardia, donde se acostumbraba poner á los que debian sufrir pronto la pena de muerte.

“Llegado que hubimos al calabozo, me desnudaron para registrarme por segunda vez. Acabada la operacion, volví á ponerme mis vestidos. Me trajeron un catre para mí, un colchon de paja para un soldado que encerraron conmigo, y una bacínica para mis necesidades naturales. Cerraron tres puertas: una dentro del cuarto, otra enmedio de la pared, la tercera por fuera á la salida á la escalera, y todas con llave, lo mismo que la ventana, que tenia tres rejjas, cuya separacion exterior era de solo tres dedos, si bien llegaba á cuatro por dentro.

“Una hora despues de estar en aquel sitio, me llevaron la cena, de la que el soldado tomó mas que yo.

“En cuanto acabó me hizo mi cama, que no valia mas que la suya, y nos acostamos; y apénas comenzaba á dormirme, ó mas bien á aletargarme, cuando oí un mosquetazo disparado en la casa. El soldado se asustó mas que yo, que